

Ayaan Hirsi Ali



# Reformemos el islam

Galaxia Gutenberg

© Norman Jean Roy

**Ayaan Hirsi Ali** nació en Mogadiscio, Somalia, en 1969. Hija de Hirsi Magan Isse, líder político que se enfrentó al dictador Siad Barre, Ayaan recibió una educación islámica ortodoxa y sufrió asimismo la traumática experiencia que como un mal endémico se ceba en la mayoría de las mujeres musulmanas en su más tierna infancia: la ablación. Con apenas veintidós años, y huyendo de una boda concertada con un primo lejano, recaló en Holanda, donde inició los trámites de asilo, aprendió el idioma en un tiempo récord y cursó estudios de Ciencias Políticas. En 2001 Ayaan se incorporó a la Fundación Wiardi Beckman, tutelada por el PvdA, el Partido Socialdemócrata. A partir de entonces empezó a labrarse una reputación en pro de la defensa de los derechos de la mujer en el ámbito musulmán y vertió sus críticas hacia el islam y sus preceptos, que sumen a la mujer musulmana en un estado de opresión y sumisión que raya en la esclavitud. La elocuencia y claridad de sus ideas causaron un enorme revuelo en todo el mundo islámico, e hicieron pesar sobre ella amenazas de muerte. Decidió abandonar las filas del PvdA para ingresar en el VVD, el Partido Liberal. Elegida en 2003 diputada al Parlamento, siguió denunciando la opresión de la que es objeto la mujer musulmana, hasta que en junio de 2006 dejó su escaño. Antes de que se desatara el debate en torno a su ciudadanía neerlandesa –que le fue retirada y posteriormente devuelta, con la consecuencia de la caída del gobierno– había decidido trasladarse a Estados Unidos, donde actualmente colabora con el American Enterprise Institute, un *think tank* de tendencia liberal conservadora. En 2007 impulsó la creación de la Fundación Ayaan Hirsi Ali, con objeto de defender los derechos de las mujeres en Occidente frente al islamismo militante.

En 2006, Galaxia Gutenberg publicó *Yo acuso*, recopilación de sus discursos y ensayos, en 2007 su autobiografía *Mi vida, mi libertad* y en 2011 *Nómada*, donde narra su llegada a Estados Unidos para construir una nueva vida lejos de las amenazas de muerte, de disputas políticas y de su propio conflicto interior. Es también autora del relato *Adán y Eva*, publicado en 2009 por este sello editorial.

Como continuación de su periplo desde una educación islámica profundamente religiosa hasta un despacho de Harvard, la brillante, carismática y controvertida Ayaan Hirsi Ali lanza un vehemente llamamiento a favor de una Reforma musulmana como única vía para poner fin a los horrores del terrorismo, la guerra sectaria y la represión de la mujer y las minorías.

Durante siglos se ha tenido la impresión de que el islam es inmune al cambio. Sin embargo, Hirsi Ali ha llegado a la conclusión de que la Reforma musulmana es inminente y puede que incluso ya haya comenzado. La Primavera árabe quizá parezca ahora un fracaso político, pero el desafío que lanzó a la autoridad tradicional puso de manifiesto una nueva disposición —especialmente por parte de las mujeres musulmanas— a pensar y expresarse con libertad.

En un valiente desafío a los yihadistas, la autora identifica cinco enmiendas a la doctrina islámica que los musulmanes deben adoptar para alejar su religión del siglo VII y acercarla al siglo XXI. También invita al mundo occidental a que deje de apaciguar a los islamistas. Quienes necesitan nuestro apoyo son los reformadores musulmanes, no los opositores a la libertad de expresión.

A través de un discurso en el que se entrelazan sus propias experiencias con analogías históricas y ejemplos rotundos de sociedades y culturas musulmanas contemporáneas, *Reformemos el islam* es una exhortación apasionada a favor de un cambio pacífico y una nueva era de tolerancia global.



Título de la edición original: *Heretic. Why Islam Needs a Reformation Now*  
Traducción del inglés: Iván Montes, Irene Oliva Luque y Gabriel Dols Gallardo

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: mayo 2015

© Ayaan Hirsi Ali, 2015  
© de la traducción: Iván Montes, Irene Oliva y Gabriel Dols, 2015  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015  
Fotografía de sobrecubierta: © Norman Jean Roy

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
Depósito legal: DL B 7918-2015  
ISBN: 978-84-16252-80-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Niall y Thomas*

# Prefacio

## Prefacio

El \_\_\_\_\_, un grupo de \_\_\_\_\_ hombres vestidos de negro y fuertemente armados irrumpieron en un \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_, abrieron fuego y mataron a un total de \_\_\_\_\_ personas. En las grabaciones de los atentados, se aprecia que los terroristas gritaron «¡*Allahu akbar!*».

En la rueda de prensa realizada tras los atentados, el presidente \_\_\_\_\_ declaró: «Condenamos este acto criminal perpetrado por extremistas. Sin embargo, el intento de justificar estos actos violentos en nombre de una religión de paz no logrará su cometido. También condenamos con la misma vehemencia a todos aquellos que aprovechen esta atrocidad como pretexto para cometer crímenes de odio islamofóbicos.

Mientras revisaba la introducción de este libro, cuatro meses antes de su publicación, podría haber escrito algo más concreto como:

El 7 de enero de 2015, dos hombres vestidos de negro y fuertemente armados irrumpieron en las oficinas de *Charlie Hebdo* de París, abrieron fuego y mataron a un total de diez personas. En las grabaciones de los atentados, se aprecia que los terroristas gritaron «¡*Allahu akbar!*».

Sin embargo, tras meditar sobre ello, me di cuenta de que no tenía por qué elegir forzosamente París. Tan sólo unas semanas antes podría haber escrito:

En diciembre de 2014, un grupo de nueve hombres vestidos de negro y fuertemente armados irrumpieron en una escuela de Peshawar, abrieron

fuego y mataron a un total de 145 personas.

Y unas semanas después del incidente en París podría haber escrito:

En Copenhague un joven mató a un ponente en un encuentro sobre la libertad de expresión. Ese mismo día mató a un guardia judío a las puertas de la sinagoga, y un total de cinco policías resultaron heridos.

De hecho, podría haber escrito una frase muy parecida sobre distintos hechos acontecidos en Ottawa, Canadá, hasta Sydney, Australia, o Baga, en Nigeria. De modo que al final decidí dejar en blanco el lugar, el número de terroristas y el correspondiente a las víctimas para que fuera el lector quien pudiera llenarlos con el último caso que haya aparecido en las noticias. O, si se prefiere un ejemplo más histórico, se puede intentar algo así:

En septiembre de 2001, un grupo de 19 terroristas islámicos secuestró varios aviones y los estrelló contra edificios de Nueva York y Washington, lo que provocó la muerte de 2.996 personas.

Durante más de trece años, he recurrido a un simple argumento en respuesta a tales actos de terrorismo: es insensato insistir, tal y como acostumbran a hacer nuestros dirigidos, en que los actos violentos de los islamistas radicales pueden disociarse de los ideales religiosos que los inspiran. En lugar de ello, debemos reconocer que son el fruto de una ideología política, una ideología consustancial al propio islamismo, al libro sagrado del Corán así como a la vida y las enseñanzas del profeta Mahoma recogidas en los hadices.

Me gustaría expresar mi opinión del modo más sencillo posible: el islam no es una religión de paz.

Al expresar la idea de que la violencia islámica no está arraigada en condiciones sociales, económicas o políticas – o incluso en un error teológico –, sino en los textos funda-

cionales del islam, me han condenado por intolerante e «islamófoba». Me han silenciado, dado la espalda y avergonzado. En realidad, me han declarado hereje, no sólo los musulmanes, para los que ya soy una apóstata, sino también algunos liberales occidentales, cuyas sensibilidades multiculturales se han visto ofendidas por unas declaraciones tan «insensibles».

Mis afirmaciones inquebrantables sobre el tema han provocado unas condenas tan vehementes que alguien podría pensar que soy yo quien ha cometido un acto violento. Al parecer, hoy en día, es un crimen decir la verdad sobre el islam. «Discurso del odio» es el término moderno para referirse a la herejía. Y en el actual ambiente, cualquier cosa que haga sentir incómodos a los musulmanes se etiqueta como «odio».

Mi intención, en estas páginas, es incomodar a mucha gente, no sólo a musulmanes sino también a los defensores occidentales del islam. No voy a hacerlo dibujando caricaturas. En lugar de ello, mi intención es desafiar varios siglos de ortodoxia religiosa con ideas y argumentos que estoy segura que serán censurados por herejes. Mi argumento es a favor, nada menos, que de una Reforma musulmana. Sin una modificación fundamental de algunos de los conceptos nucleares del islam, creo que no resolveremos el problema candente y cada vez más global de la violencia política perpetrada en nombre de la religión. Es mi intención hablar con libertad, con la esperanza de que otros entablen un debate también libre conmigo sobre los cambios que hay que llevar a cabo en la doctrina islámica, en lugar de buscar una discusión opresiva.

# INTRODUCCIÓN. Un islam, tres grupos de musulmanes

## INTRODUCCIÓN

### Un islam, tres grupos de musulmanes

Me gustaría ilustrar con una anécdota por qué creo que este libro es necesario.

En septiembre de 2013, tuve el honor de recibir una llamada del entonces rector de la Universidad Brandeis, Frederick Lawrence, que me comunicó que deseaban concederme un doctorado honoris causa en Justicia Social en la ceremonia de graduación que iba a celebrarse en mayo de 2014. Todo parecía ir bien hasta seis meses más tarde, cuando recibí otra llamada del rector Lawrence, que en esta ocasión me informó de que Brandeis había retirado la invitación. Me quedé atónita. Al cabo de poco averigüé que algunos alumnos y profesores ofendidos por mi elección habían hecho circular una petición online, creada inicialmente por el Consejo de Relaciones Islámico-Estadounidenses (CAIR) en la página web [change.org](http://change.org).

La petición, en la que se me acusaba de promover un «discurso del odio», empezaba diciendo que había «supuesto una gran conmoción para nuestra comunidad debido a sus creencias extremadamente islamofóbicas, que Ayaan Hirsi Ali fuera a recibir un doctorado honoris causa en Justicia Social este año. La elección de Hirsi Ali para la

concesión de un doctorado honoris causa es un menosprecio flagrante e insensible no sólo hacia los estudiantes musulmanes, sino también a cualquier estudiante que haya sido víctima de un discurso que incita al odio. Es una violación directa del propio código de moral de la Universidad Brandeis, así como de los derechos de los estudiantes». <sup>1</sup> En el último párrafo, los responsables de la petición se preguntaban: «¿Cómo es posible que los órganos de administración de una universidad que se enorgullece de la justicia social y de la aceptación de todos tome una decisión que falta al respeto a sus propios [sic] estudiantes?». Mi elección para concederme un doctorado honoris causa era «hiriente para los estudiantes musulmanes y la comunidad de Brandeis que defiende la justicia social». <sup>2</sup>

Nada menos que ochenta y siete miembros del profesorado de Brandeis también habían escrito para expresar su «asombro y consternación» ante unos cuantos fragmentos de mis declaraciones públicas, la mayoría de ellos extraídos de entrevistas que había concedido siete años antes. Según ellos, yo era una «persona que causaba división». En concreto, era culpable de haber sugerido que:

La violencia hacia niñas y mujeres es algo propio del islam, o de dos terceras partes del mundo, algo que permite encubrir esa violencia en un entorno como el nuestro, de no musulmanes, incluido en nuestro propio campus [y]... el duro trabajo realizado en el terreno por activistas feministas musulmanas y otras musulmanas progresistas y eruditas, que encuentran apoyo para la igualdad de género y de otros tipos en la tradición musulmana y logran alcanzarla. <sup>3</sup>

Al repasar la lista de firmantes de profesores universitarios, me sorprendió ver los extraños compañeros de cama que había hecho sin querer. ¿Profesoras de «Estudios de Mujeres, Género y Sexualidad» que se habían unido con el CAIR, una organización que posteriormente los Emiratos Árabes Unidos incluyeron en su lista negra de organizaciones terroristas? ¿Una autoridad sobre la «Teoría Narrativa

Queer/Feminista» codo con codo con los islamistas abiertamente homófobos?

Es cierto que en febrero de 2007, cuando aún residía en Holanda, declaré al *Evening Standard* de Londres: «La violencia es inherente al islam». Ésta fue una de las tres citas breves y editadas de forma muy selectiva que ofendieron a los profesores de la universidad. Lo que no mencionaron en su carta fue que, menos de tres años antes, mi colaborador en un breve documental, Theo van Gogh, había sido asesinado en una calle de Ámsterdam por un joven de origen marroquí llamado Mohammed Bouyeri. Primero disparó a Theo ocho veces con una pistola. Luego volvió a dispararle mientras Theo, que aún se aferraba a la vida, le suplicaba que tuviera piedad. Luego lo degolló e intentó decapitarlo con un cuchillo grande. Al final, le clavó una nota en el cuerpo con un cuchillo más pequeño.

Me pregunto cuántos de mis críticos del campus habrán leído esta carta, que estaba estructurada al estilo de una fetua, o edicto religioso. Empezaba así: «En nombre de Alá, el Caritativo, el Misericordioso» e incluía, junto con numerosas citas del Corán, una amenaza de muerte explícita contra mí:

Mi *Rabb* [maestro] danos la muerte para darnos la felicidad a través del martirio. *Allahumma Ameen* [Oh, Alá, acepta, por favor]. La señora Hirshi [sic] Ali y el resto de vosotros, infieles extremistas. El islam ha resistido el ataque de muchos enemigos y persecuciones a lo largo de la historia...  
¡AYAAN HIRSI ALI, TE AUTODESTRUIRÁS ANTE EL ISLAM!<sup>4</sup>

Y seguía y seguía con el mismo tono. «El islam vencerá gracias a la sangre de los mártires, que extenderán su luz por todos los rincones oscuros de esta tierra y expulsarán el mal mediante la espada si es necesario para que regrese a su oscuro agujero... No habrá piedad con los que promueven la injusticia, sólo se blandirá la espada contra ellos. No habrá debates, ni manifestaciones, ni peticiones.» La nota

también incluía este fragmento, tomado directamente del Corán: «La muerte, de la que huís, os saldrá al encuentro. Luego, se os devolverá al Conocedor de lo oculto y de lo patente y ya os informará Él de lo que hacíais» (62:8).

Tal vez aquellos que hayan ascendido a las enrarecidas altas esferas académicas de la Universidad Brandeis puedan hallar algún modo de justificar que no existe ningún vínculo entre las acciones de Bouyeri y el islam. Recuerdo muy claramente que algunos académicos holandeses afirmaron que, tras su lenguaje religioso, el auténtico móvil de Bouyeri para querer matarme se debía a las penurias de tipo socioeconómico o a una alienación posmoderna. Sin embargo, yo creo que cuando un asesino cita el Corán para justificar su crimen, deberíamos al menos debatir la posibilidad de que lo que dice, lo dice en serio.

Cuando afirmo que el islam no es una religión de paz, no me refiero a que las creencias islámicas induzcan de forma natural a los musulmanes a la violencia. Es evidente que no es así: hay millones de musulmanes pacíficos en el mundo. Lo que digo es que la llamada a la violencia y su justificación se hallan de forma explícita en los textos sagrados del islam. Además, esta violencia sancionada desde un punto de vista teológico puede activarse por distintas ofensas, incluidas, pero no limitadas a la apostasía, el adulterio, la blasfemia e incluso algo tan vago como las amenazas al honor familiar o al honor del islam en sí.

Sin embargo, desde el momento en que empecé a argumentar que existía un vínculo indisoluble entre la religión en la que me educaron y la violencia de organizaciones como Al Qaeda y el autoproclamado Estado Islámico (en adelante EI, aunque otros prefieren el acrónimo ISIS o ISIL), he sido víctima de varios intentos para silenciarme.

Las amenazas de muerte son, por supuesto, la forma de intimidación más inquietante. Pero también he sido víctima de otros métodos menos violentos. Organizaciones musulmanas como el CAIR han intentado impedir que hablara con

libertad, sobre todo en campus universitarios. Algunos han argumentado que como no soy una estudiosa de la religión islámica, ni tan siquiera una musulmana practicante, no soy una autoridad competente en la materia. En otros lugares, ciertos musulmanes y liberales occidentales me han acusado de «islamofobia», una palabra destinada a equipararse con «antisemitismo», «homofobia» u otros prejuicios que las sociedades occidentales han aprendido a aborrecer y condenar.

¿Por qué toda esta gente se siente impelida a silenciarme, a protestar en contra de mis apariciones públicas, a estigmatizar mis opiniones y echarme del estrado con amenazas violentas y de muerte? No es porque sea una ignorante o esté mal informada. Al contrario, mis opiniones sobre el islam se basan en mi conocimiento y experiencia como musulmana, después de vivir en sociedades musulmanas –incluida La Meca, el corazón de la fe islámica– y de mis años de estudio del islam como practicante, estudiante y profesora. El auténtico motivo es obvio: se debe a que no pueden refutar mis argumentos. Y no estoy sola. Poco después del atentado contra *Charlie Hebdo*, Asra Nomani, una reformista musulmana, criticó lo que ella llama la «brigada del honor», una camarilla internacional y organizada, empeñada en silenciar el debate sobre el islam.<sup>5</sup>

Lo más vergonzoso es que esta campaña es efectiva en Occidente. Los liberales occidentales parecen haberse unido en contra del pensamiento crítico y el debate. Nunca dejará de sorprenderme el hecho de que no musulmanes que se consideran liberales –incluidas feministas y defensoras de los derechos de los homosexuales– se hayan dejado convencer de un modo tan burdo para ponerse del bando de los islamistas, y en contra de críticos musulmanes y no musulmanes.

En las semanas y meses posteriores, el islam apareció en repetidas ocasiones en las noticias, y no como una religión de paz. El 14 de abril, seis días después de que Brandeis me retirara la invitación, el grupo islamista violento Boko Haram secuestró a 276 colegialas en Nigeria. El 15 de mayo, en Sudán, una mujer embarazada, Meriam Ibrahim, fue condenada a muerte por haber cometido el crimen de la apostasía. El 29 de junio, el EI proclamó su nuevo califato en Iraq y Siria. El 19 de agosto, el periodista estadounidense James Foley fue decapitado y el acto grabado en vídeo. El 2 de septiembre, Steven Sotloff, también periodista estadounidense, corrió la misma suerte. Posteriormente se pudo identificar que el hombre que presidió ambas ejecuciones era de origen británico, uno de los entre 3.000 y 4.500 ciudadanos de la Unión Europea que se han convertido en yihadistas en Iraq y Siria. El 26 de septiembre, un reciente converso al islam, Alton Nolen, decapitó a su compañera de trabajo Colleen Hufford en una planta procesadora de alimentos en Moore, Oklahoma. El 22 de octubre, otro criminal convertido al islam llamado Michael Zehaf-Bibeau fue el responsable de un tiroteo en la capital canadiense, Ottawa, donde mató al cabo Nathan Cirillo, que estaba de guardia. Y no han sido los únicos casos. El 15 de diciembre, un clérigo llamado Man Haron Monis tomó a dieciocho rehenes en un café de Sydney, dos de los cuales murieron en el tiroteo que puso fin al secuestro. Finalmente, cuando estaba acabando este libro, los trabajadores del semanario satírico francés *Charlie Hebdo* fueron víctimas de la matanza perpetrada en París. Enmascarados y armados con fusiles AK-47, los hermanos Kouachi irrumpieron en las oficinas de la revista y mataron al director, Stéphan Charbonnier, junto con nueve empleados y un agente de policía. También mataron a otro policía en la calle. Al cabo de unas horas, su compañero Amedy Coulibaly asesinó a cuatro personas, todas judías, después de tomar un supermercado kósher situado en la zona este de la ciudad.